

PAULO DE CARVALHO-NETO. Brasileño. Autor de novelas y piezas teatrales, así como investigador y compilador de un sector de la memoria cuentística popular o mundo folclórico narrativo hispanoamericano, en el que se ha interesado y trabajado con notable logro. En su obra novelística sobresale *Mi tío Atahualpa* (1972). Doctor en lengua española, Carvalho-Neto ha escrito originalmente buena parte de su obra en español.



**EL IGNORANTE (COMEDIA
EN DOS ACTOS)**

PAULO DE CARVALHO-NETO

Comedia en dos actos basada
en tres cuentos folclóricos
recolectados por el autor.

EPOCA: Actual

PERSONAJES: IGNORANTE (NINA RUCHA) - Chicano, 25 años

COMPANERO - Chicano, 25 años

SEÑORITA - Joven graciosa y tonta

LA SEÑORA - Vieja muy fea y blanca

EL SEÑOR - Viejo muy feo y blanco

MESERA

PERSONAJES (secundarios y ocasionales) : HOMBRE DE LA CALLE
VIEJA DE LA CALLE
NINA DE LA CALLE

PRIMER
ACTO

Bar - interior, día

Bar de barriada chicana, música populachera, de fondo. Ignorante está sentado a una mesita, semiborracho. Sobre la mesita hay como tres botellas de cerveza, ya vacías.

COMPAÑERO.(Entrando)—Ola, hermano ¿qué haces? (Siéntase a la misma mesita, no hay un vaso para él, palmorea llamando a la mesera. La mesera no asoma). Caray, ¿y quién sirve aquí? Qué decadencia más grande, qué atraso fenomenal. ¡Fe-no-me-nal! ¡Fenomenal!

Ignorante eructa alto.

COMPAÑERO.(Continuando)—Y tú tienes el coraje de venir a un sitio como éste.

Ignorante lo encara.

COMPAÑERO.(Justificándose)—Yo no más estoy pasando por aquí y me entró la sed. Tú, en cambio, siempre vives con sed porque sólo te veo borracho. Toda esta realidad tiene que cambiar. No podemos construir un mundo mejor si continuamos los mismos. Hay que hacer un esfuerzo, hermano.

IGNORANTE.—¿Y qué quieres que haga?

COMPAÑERO.(Bebiendo del vaso de Ignorante)—Que luches. Que te allegues a nosotros. Ahora ya somos muchos y ya comienzan a respetarnos. Ellos sólo se aprovechan de gente como tú. Tienes que adquirir conciencia política, hermano.

Ignorante eructa.

IGNORANTE.—Yo lucho a mi manera. Cada uno lucha como sabe.

COMPAÑERO.—¿Y qué sabes? No sabes nada, ¡eres un ignorante!

IGNORANTE.(**Asombrándose mucho**)—¿Quééé?

COMPAÑERO.—Ig-no-ran-te. . .

Ignorante pierde el control y jala a Compañero por el cuello al momento en que entra la Mesera.

MESERA.(**Entrando**)—Eh, eh, eh. . . Vamos a acabar con esto. Aquí no, en la calle. En mi bar, no.

Los hombres se calman y vuelven a sentarse.

MESERA.(**Lápiz y papel en mano, a Compañero**)—¿Qué le sirvo, caballero?

COMPAÑERO.—Nada.

MESERA.—¿Cómo que nada? Aquí se entra, se toma y se paga. Una cerveza le traigo.

COMPAÑERO.—Bueno. (**A Ignorante, cuando ya la Mesera se ha retirado a traer la cerveza**)—¿No tienes vergüenza de andar borracho?

IGNORANTE.—Es que estoy estudiando cómo dar una lección a mi expatrón.

COMPAÑERO.—Una venganza quieres decir.

IGNORANTE.—No, venganza no. Dar una lección, he dicho.

COMPAÑERO.—Venganza.

IGNORANTE.—Lección.

COMPAÑERO.—Bueno, explícate.

IGNORANTE.—Enseñaré a aquel hijo de. . . cómo se debe respetar a un ser humano.

COMPAÑERO.—¿Te ha irrespetado? ¿Pero otra vez? ¿Qué te ha hecho esta vez, hermano?

Ignorante lo mira en los ojos.

COMPAÑERO.—Ya sé, la explotación de siempre a que nos tienen sometidos. Salarios bajos, la persecución de la migra, nuestro acento en inglés y, sobre todo (**señalando su piel**), este colorcito, hermano, este colorcito que no les gusta. Son más blancos que la cáscara de huevo y piensan que así debe ser la humanidad. ¿Estoy cierto?

Ignorante menea un “no” con la cabeza.

COMPAÑERO.—Pero eso que digo son teorías, hermano, y las teorías arrancan de la práctica. Tú debes aprender a conscientizar la práctica.

IGNORANTE.—Oye, ¿quieres realmente saber qué me hicieron y por qué voy a enseñarles?

COMPAÑERO.—Vengarse querrás decir. Venganza es lo único que sabrías hacer, compañero, si no tienes una formación política. Los ignorantes se vengan siempre.

IGNORANTE.—Pero nuevamente insistes. De eso mismo él me llamó, el patrón de mierda y ahora tú, desgraciado (**Jalándolo otra vez por el cuello**). Te voy a enseñar quién es el ignorante, la puta madre, ignorante!

MESERA.(**Regresando con la cerveza**)—Eh eh eh. ¡Pero hasta cuándo? Aquí no, a la calle, a la calle (**y los echa golpeándolos con la servilleta**).

Compañero se marcha caminando firme. pero Ignorante se marcha tambaleando.

Habitación de Ignorante - interior, día

Habitación muy pobre. Un catre, un espejo, una palangana con jarra. Ignorante ya se encuentra repuesto de la borrachera y está desvistándose para vestirse de mujer. Sobre el catre se ven su vestido de mujer, zapatos de taco, peluca, medias, senos de goma, abanico, cartera de mujer, polvo y lápiz facial, etc. En toda la acción de trajearse de mujer, ponerse la peluca y maquillarse, Ignorante desarrolla el siguiente monólogo, subiendo o bajando el tono de voz, gesticulando, actuando con arte.

IGNORANTE.(Monologando)—“Ignorante”. . . “Ignorante”. . . ya van a ver con quién están hablando. Yo soy una persona decente, un ciudadano, un ser humano, icarajo! Y pay my rent, my bills, Uncle Sam, like any American in this country. I was born here, a dos cuarterones de aquisito mismo. Every year, every year I pay taxes.

“Ignorante”, “Ignorante”. . . I am a citizen, icarajo! Y siempre me detiene la migra para el cacheo y me piden ver la mica. (En tono muy claro) Migra y mica, un demonio con dos cabezas. Pero van a ver, van a ver. No voy a ponerles una bomba, ah, no, eso no, porque no soy un maleante, uno cualquiera. La lección que voy a darles sale de aquí (señalando la sien), de mi cabeza, de mi inteligencia. Si me llaman Ignorante les pruebo que soy inteligente. E ignorantes van a ser ellos.

Organizado no soy. El compañero siempre ha querido llevarme con su gente. Me encuentra y echa su sermoncito. (Imitando la voz de Compañero): “Que luches, que te asocies a nosotros; ahora que somos muchos, comienzan a respetarnos; ellos sólo se aprovechan de personas como tú, sin conciencia política, hermano.”

“Conciencia política” ¿y qué es conciencia política? Conciencia política es la lección que voy a darles.

Al último, ya maquillado, de peluca y aretes y zapatos de tacos, Ignorante se perfuma el cuello. Ha quedado una figura de prostituta de cabaret barato, grotesca.

Residencia del señor - exterior, día

Se ve el portón y el muro bajo. Es una hermosa mansión desde afuera. NIÑA RUCHA (Ignorante) se pasea de un lado al otro, por la acera, moviendo las caderas, girando la cartera en los dedos, alisándose el pelo con ademanes afeminados. Pasa un hombre, mirándola codicioso y silba en tono de piropro; Niña Rucha le da las espaldas en forma airada. Pasa una vieja, hace un gesto de escándalo y se marcha con apuro. Pasa una niña jugando con una pelota.

NIÑA DE LA CALLE. (A Niña Rucha, con dulzura) — ¡Hi!

NIÑA RUCHA. — ¡Hi!

NIÑA DE LA CALLE. — Let's play!

NIÑA RUCHA. — I am playing already.

NIÑA DE LA CALLE. — Are you playing? What play?

NIÑA RUCHA. — Una lección, mi hijita, una lección que debo dar.

NIÑA DE LA CALLE. — What's that?

NIÑA RUCHA. — Es un juego entre hombres: yo y un señor rico.

NIÑA DE LA CALLE. (Sonriendo, incrédula) — Pero tú no eres hombre.

NIÑA RUCHA. (Confundida) — Sí soy, no, sí, no. . .

NIÑA DE LA CALLE, sonriendo, vuelve a golpear la pelota contra el suelo y así se marcha. Entra Señor, se detiene a ver a la Niña Rucha sin reconocer a Ignorante. Este, al verlo, se pone más afeminado. Juegan con gestos por unos segundos, Niña Rucha se alza la pollera y de las medias en los muslos retira una cartera de cigarrillos. No encuentra los fósforos. Señor se muestra seducido y le alcanza un fósforo prendido.

NIÑA RUCHA. **(Soltando una bocanada de humo)**—Gracias, caballero. La gente de esta ciudad es muy amable.

SEÑOR. **(Con buen inglés siempre)**—Ud. no es de aquí, ya lo veo.

NIÑA RUCHA.—Pues no, he llegado anoche y ando en búsqueda de una familia que me iba a emplear, tenía yo aquí en mi cartera un papelito con la dirección y se me perdió. . . No sé qué hacer.

SEÑOR.—¿Emplearse dijo?

NIÑA RUCHA.—Sí, como no.

SEÑOR.—¿Y qué sabe hacer?

NIÑA RUCHA.—De todo, sé hacer de todo. Cocinar, lavar, planchar, conversar para pasar el tiempo.

SEÑOR.—¿Cocinar? Ay, ¿sabe cocinar?

NIÑA RUCHA.—Cocino a maravilla.

SEÑOR.—Ay, ¿sabe planchar?

NIÑA RUCHA.—Como nadie. Plancho camisas que quedan brand new.

SEÑOR.—Y no necesito mandarlas al laundry. Y también lavar y sabes conversar. . .

NIÑA RUCHA.—Converso, como no. Para eso soy buena.

SEÑOR.—Ay, porque podías ser una baby sitter. . .

NIÑA RUCHA.—Eso mismo es lo que soy, como no, baby sitter. Me paso horas conversando con niñas, niños, ancianitos. . .

SEÑOR.—Ay, porque vea, señorita. . . **(Cambiando el tono)** ¿Cómo se llama usted?

NIÑA RUCHA.—Niña Rucha.

SEÑOR.—¿Niña qué?

NIÑA RUCHA.—Rucha, Niña Rucha, Ruchita pa servirle a Usted.

SEÑOR.(**Memorizando**)—Niña Ruchita, niña Ruchita. Pues vea, Niña Puchita. . .

NIÑA RUCHA.—Ruchita. Ru-chita-ita!

SEÑOR.—¡Ru-chi-!ta! Niña Ruchita, perdóneme. El caso es que yo también ando buscando una lavadora, una planchadora, una conversadora. . .

NIÑA RUCHA.—Que le haga todo el servicio de la casa. Ya lo sé.

SEÑOR.—Y pago bien.

NIÑA RUCHA.—Dos dólares la hora, ya lo sé.

SEÑOR.—No, no. I can't afford. One dollar.

NIÑA RUCHA.—¡Oh, ya bajó!

SEÑOR.(**Desconfiado**)—¿Cómo lo sabes?

NIÑA RUCHA.—Me imagino.

SEÑOR.—¡Inteligente!

NIÑA RUCHA.—Gracias. (**Al público**): Es la primera vez que este desgraciado me llama "inteligente". (**A Señor**): Sabe, señor, que one dollar está muy bien pagado. Esos latinos se vienen por acá, hambrientos, en búsqueda de trabajo, a hacer la competición a los nacionales. . .

SEÑOR.—En esta clase de servicio, no. Porque los nacionales son unos perezosos, nadie quiere lavar ni planchar ni cocinar. Y cuando se encuentra un nacional dispuesto a emplearse, quiere que se le pague pero mucho. . .

NIÑA RUCHA.(**Cínica**)— . . . two dollars and half. . .

SEÑOR.— ¡No!

NIÑA RUCHA.—Three dollars. . .

SEÑOR.— ¡Nooo!

NIÑA RUCHA.—Four dollars. . .

SEÑOR.— ¡No!

NIÑA RUCHA.— ¡Five dollars!

SEÑOR.—No, six dollars y fíjese, algunos hasta piden ocho dólares la hora.

NIÑA RUCHA.(**Cínica**)—Una explotación. Hacerle esto al patroncito.

SEÑOR.—La ventaja es que son perezosos pero no son ignorantes. . .

NIÑA RUCHA.—¿Qué?

SEÑOR.—Ignorante.

NIÑA RUCHA.(**Nerviosa**)—¿Qué?, ¿quién?, ¿cómo?, ¿cuándo?

SEÑOR.— ¡Muy goodness! Digo que los nacionales son perezosos para esta clase de trabajo, pero que no son ignorantes como. . . (**fi-
jándose en Niña Rucha**) como. . .

NIÑA RUCHA.— . . . los latinos. . .

SEÑOR.—Bueno.

NIÑA RUCHA.— . . . los chicanos. . . el Tercer Mundo.

SEÑOR.—Pero Ud. no, señorita Rucha, Ud. es educadita, me cae

bien. Pues un empleado que yo tuve aquí en casa hace una semana. . . ay, ese fue la muerte.

NIÑA RUCHA.—¿Qué le hizo?

SEÑOR.—Ignorante al máximo. Un idiota, ¡un idiot!

NIÑA RUCHA se contiene para no estrangular a Señor, temblando de nerviosidad.

SEÑOR.—¿Qué le pasa a usted, mi señoritica?

NIÑA RUCHA.—Frío, tengo frío. Debe ser de estar parada aquí en esta calle, buscando al patroncito para quien iba a trabajar. (**Empieza a lloriquear con disimulo**). Soy solita en el mundo, abandonada, perdí mis papases cuando yo era chiquitita. . .

Señor se conmueve con sinceridad y limpia las lágrimas con el pañuelo.

NIÑA RUCHA.(**Continuando a disimular un llanto doloroso**)—No sé qué hacer, llegué anoche, vine del interior de Méjico. . .

SEÑOR.(**Pasando a tutearla, de aquí en adelante**)—Eres una mojada. . . la pobrecita.

NIÑA RUCHA.—No, no estoy mojada, pero casi, no ve que no hay restrooms en esta calle.

SEÑOR.(**Abrazándola**)—Pobrecita. . . (**Y le palpa las tetas, distraídamente**). Qué se te va a hacer. . . me llenas de pena.

NIÑA RUCHA.(**Haciéndose la avergonzada, tratando de quitarse la mano del Señor**)—No, eso no, eso es feo.

SEÑOR.—Ay, Mamita. . .

NIÑA RUCHA.—En Méjico se dice tetita.

SEÑOR.—Ay, Mamita. Vente pa mi casa, criaturita abandonada. (**Proponiendo**). Con tal de que me hagas todo el servicio. . .

NIÑA RUCHA.— . . . lavar. . .

SEÑOR.— . . . planchar. . .

NIÑA RUCHA.— . . . cocinar. . .

SEÑOR.— . . . babysitar. . . a mi hija que vive en casa, que nunca sale porque la madre no quiere que los hombres la vean. Vive encerrada, la pobre, tú le harás compañía.

NIÑA RUCHA.—Cómo no, con mucho gusto. Y hasta por un dólar solamente por servirle a Ud.

SEÑOR.— . . . one dollar and half si cuando yo esté triste usted viene a consolarme. . .

NIÑA RUCHA.(**Avergonzada**)—Ay, señor, esas no son cosas que se digan. . .

SEÑOR.—Bueno, dos dollars. (**Y la lleva por el portón hacia adentro de la mansión**).

Residencia del señor - interior, día

Salón de mansión rica. Niña Rucha baila con Señorita un tono de disco-dancing. Señora y Señor están sentados hacia un lado y platican.

SEÑOR.—Pues ya te dije, vieja, me gustó esa muchacha y por eso la tomé. Imagínese que había venido para emplearse con el vecino y el vecino no asomó o no la quiso, qué sé yo. Y la pobre quedó en la calle. Venirse de tan lejos y con la falta de domésticas que tenemos. It's worst than the gas crisis. Y por ninety cents la hora, para hacer toda clase de servicio, toda clase, hasta. . . Está regalado, vieja.

SEÑORA.(**Con un vaso de licor en la mano**)—No me gusta, no me gusta y no me gusta.

SEÑOR.—¿Cómo que no te gusta? Yo hago todo por verte feliz, te compro todo, no te falta nada.

SEÑORA.—Me gustaba el otro empleado, el cocinero y tú lo echaste.

SEÑOR.—Por ignorante, pues. Porque era un ignorante. Y además, siendo varón, era un peligro permanente para nuestra hijita.

SEÑORA.—Tú estás ciego. (**Mirando la pareja que baila agarradita**). ¿Cómo puedes hablar de aquel cocinero, que era tan buena persona, y no te das cuenta del modo cómo se porta esta Niña Rocha, Racha. . .?, ¿cómo la llamas?

SEÑOR.—Rucha.

SEÑORA.—Rucha.

SEÑOR.(**Observando**)—Cierto es. La aprieta demasiado. (**Gritando**): ¡Oh, Niña Rucha! (Y le hace señas que no apriete tanto a la Señorita). (**A la Señora**): Es que nuestra hijita también no está acostumbrada a estas cosas, no sabe cómo defenderse, la tienes aquí encerrada toda la vida, solita, sin conversar con nadie, sin salir, sin ir a bailes, a restaurantes, a la playa. . .

SEÑORA.—Si quieres, viejo, conservar hoy día el honor y la virginidad de tu hija, hay que proceder así. El mundo está perdido, bien tú lo sabes. Y hasta le quitan a las nenas recién nacidas la virginidad, con el dedo.

SEÑOR.(**Incrédulo**)— ¡Espantoso!

SEÑORA.—He oído que sí eso se hace. Son los tiempos modernos. ¡Ah, no! Pero yo, yo estoy hecha a la antigua. A la virginidad de mi hijita nadie me la saca. Sólo su maridito, cuando lo encontremos. Ay, si esta Niña Rucha fuera un hombrecito, ¡vea cómo se quieren!

Niña Rucha, bailando, besa a Señorita en la mejilla. Señorita ríe a carcajadas.

SEÑORITA.(**Bailando**)— ¡Mamá! ¡Papacito! ¡Miren, miren!

SEÑOR Y SEÑORA.(**A la vez**)—¿Qué qué, hijita?

SEÑORITA.—Niña Rucha me dio un beso.

SEÑOR Y SEÑORA.(**Asombrados**)—¿Un beso?

SEÑORITA.—Sí, un beso.

NIÑA RUCHA.—No fue nada.

SEÑORA.(**Avanzando para apartarlos**)—Ud. está enseñándole cosas a una criatura inocente. . .

SEÑOR.(**Jalando a la Señora**)— ¡Déjelas, vieja!

NIÑA RUCHA.(**Cándida**)—Fue un beso de cariño.

SEÑOR.(**A la Señora**)—Fue un beso de cariño. Sin maldad, ¿vedad, Niña Rucha?

NIÑA RUCHA.—Sin maldad (**Y empieza a llorar**).

Señorita también empieza a llorar, y ambas, Señorita y Niña Rucha se lloran mutuamente en los hombros, en llantos altísimos. Señor desconecta el tocadiscos.

SEÑOR.(**A la Señora**)—¿Ya ves? ¿Ya ves lo que hiciste? (**A Niña Rucha y Señorita**) Váyanse adentro a la habitación, quédense por allá, no vengan. Quédense por allá hasta que yo arregle las cosas aquí con la mamacita.

Señorita y Niña Rucha se van abrazadas, dejando abierta la puerta de la sala al pasillo. Señor y Señora quedan solos.

SEÑOR.—Tú eres una malpensada. Oye, si crees que esa muchacha puede enseñar cosas feas a nuestra hija ¿por qué no la llamas a que duerma con nosotros?

SEÑORA.—¿A nuestra hijita?

SEÑOR.—No, a la muchacha.

SEÑORA.(**Escandalizada**)— ¡Estás loco! ¿Dormir los tres en la misma cama? ¿Yo, tú y una extraña?

SEÑOR.—Eres una atrasada, mujer. Hay que ser moderno. ¿Cómo crees que yo sería capaz de traicionarte? ¡Nunca, jamás! Bueno, que duerman Uds. dos solitas, entonces. Lo importante es que observes si

la muchacha tiene o no tiene buenas costumbres. Si notas que ella tiene feas costumbres, entonces la echaremos mañana a primera hora.

SEÑORA.(**Pensando**)—Bien, me parece bien. Primero yo veo como ella se porta y después tú la empleas, antes no, ¿verdad?

SEÑOR.—No, antes no. Pero oye, escucha cómo ellas están calladitas, allá adentro.

SEÑORA.—Ellas, ¿quiénes?

SEÑOR.—Nuestra hijita y la Niña Rucha. . .

SEÑORA.(En ensueño)—Deben estar jugando. . .

SEÑOR.(En ensueño)—. . . jugando de esconderse. . .

GRITO DE SEÑORITA.— ¡Ay, mamá! ¡Mamáááá! ¡Papáááá!

SEÑORA.(Asustada)—¿Qué le pasará ahora?

SEÑOR.—Déjalas. Están felices. En verdad, nunca nuestra hija tuvo siquiera una amiguita para jugar.

GRITO DE SEÑORITA.— ¡Ay, papá! ¡Papááá! **(Señor pone cara de asombro).**

SEÑORA.—Pon el disco, viejo. Así no nos preocupamos.

Señor pone el disco-dancing, a todo volumen. Señora cierra la puerta por donde había salido la hija y viene a bailar con el marido, los dos deliciándose como niños traviesos. No escuchan los gritos que llegan del interior de la habitación de Señorita.

SEGUNDO
ACTO

Comedor de la residencia del Señor - noche

Sentados a la mesa cenan Señor, Señora, Señorita, servidos por Niña Rucha quien se ha cambiado el traje de calle por un traje casero. Usa delantal blanco, sombrerito blanco de doméstica, y guantes blancos. Sirve sopa caliente a los tres, pero una de sus tetas se ha caído por dentro del vestido. Mientras sirve, Niña Rucha hace muecas y movimientos raros para reponerse la teta. Los tres patrones la observan con asombro, hasta que Niña Rucha entrega la sopera caliente al Señor, se tuerce hacia un lado e introduciendo una mano por el escote logra reponer la teta. Mientras el Señor se está quemando con la sopera en manos, porque no usa guantes. Niña Rucha recibe de vuelta la sopera, sonríe para todos y continua sirviendo, como si nada.

SEÑORA.(Quemándose la boca)—Ay, pero está rica. Sopita de frijoles. . .

NIÑA RUCHA.—. . . con ajíes picantes. . .

SEÑOR.(A la Señora)—No comas demasiado, ya sabes que te hace mal.

Señorita y Niña Rucha se cambian miradas de amor secreto, guiñándose los ojos. Señorita es la última a ser servida. Niña Rucha prueba la sopita que le puso en el plato, sopla la cuchara, prueba otro sorbo.

NIÑA RUCHA.(A Señorita)—Ahora está bien, amorcito.

SEÑOR.(A Señora, suspirando)—No me canso de ver cómo se quieren.

SEÑORA.—Se habían trancado en la habitación y sólo se despertaron hoy a la tarde. Una noche y una mañana y mitad de una tarde adentro de la habitación. Haciendo ¿qué cosa?

Niña Rucha y Señorita se cambian nuevas miradas significativas, con sonrisitas misteriosas, guiñándose.

SEÑOR.(A Señora)— ¡Vaya, vieja! Jugando. Se habrán pasado toda la noche jugando. ¿Verdad, hijita?

Señorita contesta un “sí” de felicidad.

SEÑORA.—Pero qué clase de juego, con tantos gritos. “Papááá. . . Mamááá”. . .

Niña Rucha y Señorita se ponen serias, alarmadas.

SEÑOR.(A Señora)— ¡Pero, mujer! No las asustes. Sería un juego como otro cualquier, ¿verdad, queridas?

Señorita vuelve a contestar “síes” con la cabeza y sonrisas; Niña Rucha la imita, pendiente de la reacción de los padres.

SEÑOR.—La vida entera solita en este caserón para que no la vean los hombres, porque la mamá tiene miedo que le vaya a. . . ¡pobrecita! ¡Tan inocentita! Un angelito del cielo.

Niña Rucha ha quedado recostada contra la pared a cierta distancia de la mesa. Tiene un aire de perfecta doméstica humilde.

SEÑOR.(Volviéndose hacia la Niña Rucha)— Pero esta noche, hijita, vas a dormir con mi mujer.

Señorita pone cara de asombro y amenaza llorar.

SEÑOR.(Calmando la hija)— No no no no no, no tienes por qué llorar. Es por esta noche sólo, pues tu mamá necesita estar segura de que la Niña Rucha tiene buenas costumbres.

SEÑORA.(A Niña Rucha)—Ay, Niña Rucha, esta sopa qué delicia. Sírreme más.

SEÑOR Y SEÑORITA.—¿Mááááás?

SEÑOR.—Vas a enfermarte, mujer. Cuando te gusta una comida que un Dios nos acuda, nadie te ataja.

SEÑORITA.—Mamá, te acuerdas de aquel cocinero que te hizo aquella comida y que te pasaste toda la noche en el restroom.

SEÑOR.—El Ignorante. Fue aquel ignorante, por eso le eché, entre otras cosas.

Niña Rucha cierra la cara con rabia.

SEÑORA.—Pero la comida de la Niña Rucha es superior a la de Ignorante. Vente, Niña Rucha, sírvame un poco más.

Niña Rucha le sirve.

SEÑOR.(A Niña Rucha)—Basta basta, no más, no.

NIÑA RUCHA.—La Señora está pidiendo.

SEÑOR.(A Señora)—Bueno, si te enfermas no me llames ni me grites, porque yo no te iré a ver.

NIÑA RUCHA.—Yo la atiendo, Señor. Pierda cuidado. Yo sé dar inyección.

SEÑORITA.—A mí me dio una inyección muy buena.

SEÑOR.—¿Te dio una inyección?, ¿qué inyección?

SEÑORITA.—No me dolió.

SEÑORA.(A Señorita)—Y los gritos, ¿por qué gritaste tanto?

SEÑORITA.—Tenía miedo. Tuve un miedo muy grande porque era una aguja muy gruesa.

SEÑOR.(A Niña Rucha, feliz)—Ah, así con que eres lavadora
planchadora, conversadora y. . .

NIÑA RUCHA.—. . . y “doctor”, digo “doctora” sí señor. Desde
niño, digo niña, he aprendido a aplicar inyecciones.

SEÑOR.—Es bueno que yo sepa. Así que si mi mujer pasa ma
esta noche, con tanta comida, mejor le aplicas una inyección tam
bién.

NIÑA RUCHA.—Como no, patrón, con mucho gusto. Ya me la
tengo preparada.

SEÑOR.—¿A quién? ¿A mi mujer?

NIÑA RUCHA.—Todavía no, a mi aparato.

SEÑOR.—¿Qué aparato?

SEÑORITA.—De inyección, papá. (**Con señas**) Es un aparatón de
este tamaño. Y no duele.

SEÑOR.—Qué raro.

NIÑA RUCHA.—Pero en Ud. habrá de doler, Señor.

SEÑOR.(**Ofendido**)—¿Y por qué si soy macho? Puedo resistir a
una inyección más que cualquier mujer.

NIÑA RUCHA.—Ah bueno, eso ya lo veremos.

SEÑOR.—Además, tengo buena salud y no voy a necesitar tus in-
yecciones.

NIÑA RUCHA.(**Al público**)—Caray, a éste le tengo que inventar
otra cosa.

SEÑOR.—Y además no voy a dormir contigo. . .

NIÑA RUCHA.—¿Y por qué no?

SEÑORA.(A Niña Rucha)—Porque no. ¿Entonces no ves la diferencia?

NIÑA RUCHA.—¿Y qué diferencia?

SEÑORA.—Mira, te estás volviendo una atrevida. La diferencia es que mi marido es un macho y tú. . . tú. . .

SEÑORITA.—La Niña Rucha es un macho también. . .

SEÑOR.—Ay, ¡qué tontita la inocente! A esta edad y no sabe nada de la vida.

SEÑORA.—Así me gusta, así me gusta.

SEÑORITA.(Llorando)—Si no hay tal diferencia, no hay tal diferencia. Les juro que no soy una tonta.

Niña Rucha, haciéndose la distraída, limpia las uñas con un cepi-



llo de uñas que extrajo del portasenos. Se halla recostada contra la pared.

SEÑOR.(Al darse cuenta, violento)— ¡Niña Rucha!

NIÑA RUCHA.—Sí, patroncito.

SEÑOR.(Violento)— ¡Acércate!

Niña Rucha se acerca con el cepillo de uñas, medio temerosa. Señor le arranca el cepillo de las manos y lo tira lejos, contra la pared.

SEÑOR.—Ya te dije mil veces las normas de la buena educación. Fue lo primero que hablamos al aceptarte en esta casa. . . (Niña Rucha pone cara de llanto) que aguanto todo, lo que no puedo aguantar es la ignorancia.

SEÑORA.—Cálmate, viejo, no seas tan grosero.

SEÑOR.—Limpiándose las uñas a la hora de servir la cena. A lo mejor cayó alguna uña de ella en tu sopa. (Señora pone cara de asco, queriendo vomitar). Yo soy un hombre calmo, pero cuando me enfurezco. . .

NIÑA RUCHA.— ¡Qué macho!

SEÑOR.—. . . cuando me enfurezco, me enfurezco de veras. La ignorancia me mata, los ignorantes me enferman. . .

Niña Rucha se pone a llorar. Señorita se levanta de la mesa y se abraza con Niña Rucha.

NIÑA RUCHA.(Patriótica)—Estamos en el Año Universal de los Niños. Hay que protegerlos. Las niñas necesitan cariño. El cariño que no encuentran en casa de sus papases.

SEÑOR.— ¡Cállate! (Y se levanta de la mesa con amenaza de separar a las dos).

SEÑORITA.(Agarrándose más a Niña Rucha)— ¡No no no no no! . . .

Señora se levanta con autoridad y moderación.

SEÑORA.—Ahora me toca a mí. Uds. son un desastre en esta casa. **(Besa a la hija, separándola de Niña Rucha)**. Vente, queridita, vente, tú te quedas aquí esta noche, con tu papá. **(A Señor)** Pon la televisión, viejo. **(Y jalando a Niña Rucha)**. Y tú y yo nos vamos al cuarto, que tenemos mucho que conversar.

Niña Rucha se deja arrastrar por la mano. Desde la puerta, Señora se da vuelta y habla al marido.

SEÑORA.—Y tú, viejo, saca la mesa y limpia los platos. **(Quitando el delantal a Niña Rucha y tirándolo al marido)**. Toma, cuidado no te vayas a ensuciar. **(Y se van Señora y Niña Rucha, abrazadas)**.

SEÑOR.**(Dejándose caer sentado en la silla y con gestos de desconsuelo)**— ¡En qué me he metido yo!

SEÑORITA.**(Recomponiéndose de la tristeza)**—No reclames de la vida, papá. Has estado siempre reclamando. A todos los empleados les encuentras defectos. Al último lo echaste llamándolo "Ignorante" a la vista de todos. No sabes lo que quieres. Ahora que tenemos una muchacha maravillosa, te pones esta cara.

SEÑOR.—Es que tu mamá no quería, no quería y no quería y ahora se acaba de ir muy contenta a dormir con la Niña Rucha. Las cosas en esta casa cambian con rapidez increíble y son cosas misteriosas.

SEÑORITA.—¿Y qué misterios hay en todo esto? Yo no veo ningún misterio, papacito. Veo cosas novedosas, eso sí, pero misteriosas no. Vamos, vente **(recogiéndole el delantal)**, póntelo, vete a lavar los platos, yo me quedo aquí mirando la televisión.

Señor recoge el delantal y se lo pone. Besa a la hija en la frente y sale por otra puerta, supuestamente hacia la cocina. Señorita prende la televisión y se sienta al suelo para asistir el show musical. Después de un rato se oyen los gritos de la vieja.

SEÑORA.—Ay, ¡Niña Rucha! ¡No, eso no!

Señorita sonríe expresivamente, acompañando el show con tamborileo de dedos y meneos de cuerpo. De la cocina asoma Señor con un platillo y una toalla en las manos mojadas, todavía secándolo.

SEÑOR. (Asombrado)—¿Oíste?

Señorita, tamborileando, hace un “no” con la cabeza.

SEÑOR.—¿No oíste? Es la comida. Le habrá caído mal la comida. Come como una condenada.

Señorita le hace una seña de silencio y aumenta el tono de la TV.

SEÑOR. (Con cara de dudas)— ¡Qué raro! (Y retorna a la cocina).

Nuevos gritos de Señora, desde adentro y Señorita eleva aún más el volumen de la TV, tamborileándose en las rodillas y palmoteando.

Patio de la residencia del Señor—día

Toman cafecitos Señor y Señorita, la Niña Rucha sirviéndoles. Se nota que es otro día porque todos se han cambiado de trajes. Señor viste de jinete y Señorita de amazona. Niña Rucha está bien más simplicita en su traje; trae la cabellera suelta, usa sandalias y blusa abierta, notándose los vellos del pecho.

SEÑOR.—¿Y la Señora?

NIÑA RUCHA.—Durmiendo está.

SEÑORITA.— ¡Un sueño de paraíso!

SEÑOR.— ¡La noche entera y la mañana entera! ¿Cómo es posible?

NIÑA RUCHA.—Hacía años que no dormía, patroncito.

SEÑOR.—Preocupadita la pobre. Siempre tenía sus preocupaciones. ¡Tantos problemas!

SEÑORITA.—La casa. . . y si no era la casa era yo. . . y si no era yo. . . era papá. . .

NIÑA RUCHA.—Preocupadísima con tu papá.

SEÑORITA.—¿Tanto así?

NIÑA RUCHA.—Que dice que se jubiló por completo. Completamente jubilado. ¿Cómo es esto, patroncito? Y yo que pensé que Ud. estaba todavía en forma.

SEÑOR.—No te entiendo.

NIÑA RUCHA.—En forma quiere decir. . . quiere decir “que se para”.

SEÑOR.(Parándose)— ¡Me paro! ¿Y qué?

NIÑA RUCHA.—Eso veremos más tarde.

Señor pone cara de fastidio.

SEÑORITA.—No te enojés, papacito. Uds. ya no se entienden. No más van a hacer tres días que la Niña Rucha ha llegado a esta casa y Ud. ya piensa en echarla. ¡Qué horror! Por eso no quedan empleados en esta casa. Por tu mal genio.

SEÑOR.—Ella se está poniendo atrevida. Me viene con indirectas.

NIÑA RUCHA.—Qué indirectas ni indirectas. Es la verdad de los hechos. Ud. se ha jubilado.

SEÑOR.(Parándose)— ¡Pero todavía me paro!

NIÑA RUCHA.— ¡No se para!

SEÑOR.(Sentándose y parándose)— ¡Me paro, me paro, me paro!

NIÑA RUCHA.— ¡Qué valiente!

SEÑORITA.—Yo no entiendo nada. . . Oye, papá, váyanse a pasear los dos, no se peleen. Invítala a bañarse en la piscina.

NIÑA RUCHA.(Rapidísima)— ¡Ah, eso no!

SEÑORITA.—¿Por qué no, Niña Rucha? Vámonos los tres a la piscina, tú, yo y papá.

NIÑA RUCHA.—No no no. ¿No ves que soy morena? Se me pone la piel más morena.

SEÑOR.—Los morenos son así.

SEÑORITA.—Es lindo el color moreno.

SEÑOR.(**Con asco**)—Casi negro. . .

NIÑA RUCHA.—Es que cuando me voy a la piscina me crecen los pelos, ve. (**Y enseña los vellos del pecho y de los brazos**).

SEÑOR.(**Desconfiado**)—Raro, muy raro. A veces pienso. . .

NIÑA RUCHA.(**Cortando**)—¿Qué piensa, Señor? Es una cuestión de raza. Ud. que es tan entendido en raza, ¿cómo no va a saber que a los morenos les crecen los pelos con más rapidez? Es raza.

SEÑORITA.—Y si lo vieras por adentro como es peludo, papá. Parece un mono.

NIÑA RUCHA.—Sólo los ignorantes ignoran que el crecimiento del pelo es una cuestión de raza en los morenos y las morenas. . .

SEÑOR.(**Poniéndose importante**)—Sí, ya he leído que en los chicanos el pelo se les crece mucho.

NIÑA RUCHA.—¿Ya ve? ¿Ya ve? Ud. es inteligente, no es ignorante. Ignorante es aquel último empleado que aquí estuvo.

SEÑOR.—Como no, ignorantísimo.

NIÑA RUCHA.(**Escupiendo**)— ¡Shit!

SEÑOR.(Alarmado)—¿Qué haces?

NINA RUCHA.—Me duele la muela, Señor.

SEÑORITA.—Es que ella tiene todas las muelas en mal estado, papá. Hasta huele mal su boca. ¡Pero es tan cariñosa! Una cosa compensa la otra.

SEÑOR.—Pobrecita, estas muchachas cuando vienen a trabajar en nuestras casas vienen todas así, faltándoles algo. Habría que extraerle las muelas.

SEÑORITA.—Papá, papacito, tú tienes un arca llena de muelas porque eres ahorrativo y todo lo ahorras. Muelas tuyas, de mamacita, de abuelito, mías, de toda la vecindad. ¿Por qué no echas un vistazo a tu arca de muelas a ver si alguna le sirve a la Niña Rucha? A lo mejor alguna habrá de servirle o varias. Entonces llamarás al dentista y le pedirás que haga el cambio. No tendrás que gastar con la compra del material, sólo con la mano de obra.

SEÑOR.(A Niña Rucha)—¿Quieres cambiarte las muelas? Así te pondrás nueva. Y para que estés de sirvienta en esta casa, jugando con mi hijita, debes tener buena salud. Además, a mí me gusta ayudar a los pobres, no me dirán que soy avaro.

Niña Rucha.—Sí, patroncito. Ya su hijita ya me platicó que Ud. tiene adentro un arca (**con gestos**) de este tamaño. Y que la tapa del arca se abre así (**con gestos**) y que se cierra así. Al momento en que se abra Ud. puede meter su cabeza adentro para procurarme una muela que me sirva, a la medida de la mía que está ya podrida. Y yo

me pondré atrás de Ud., aquí así a fin de sostener la tapa, así, así. . . Porque si la tapa se cayera, su cabeza quedaría adentro y su cuerpo afuera. . . sería horrible para Ud.

SEÑOR.—Sería horrible para mí.

SEÑORITA.—Es una colección enorme de muelas la que mi papá tiene. (**Señor se va poniendo vanidoso**). Tiene muelas de oro, de pla-

ta, caninos, muelas del juicio. . . ¿verdad, papá? Muéstrale, vamos, ¡ándale!

SEÑOR. (*Vanidoso*).—Tengo un incisivo que perteneció al presidente Abraham Lincoln. Lo compré por un dineral.

SEÑORITA.—En Londres, ¿verdad, papá?

SEÑOR.—No, ésta fue en Nueva York. (*A Niña Rucha*) Imagínate que me la vendió un puertorriqueño que se la había comprado en manos de un coleccionador de Jordania.

NIÑA RUCHA.—¿Jordania? ¿Dónde queda eso?

SEÑOR.—¿Yo qué sé? Lo importante es saber que perteneció a un coleccionador y este puertorriqueño, experto comerciante de antigüedades, me lo aseguró con affidavit y todo.

NIÑA RUCHA.—Ignorante.

SEÑOR.—No, si no era un ignorante. Inteligentísimo.

NIÑA RUCHA.—Ay, ahora me doy cuenta. Habrá sido algún hermano mío, señor, para hacerle de estas cosas, venderle el incisivo de Abraham Lincoln. Somos una familia muy grande, perdidos por el mundo. Se cansan y cuando se cansan hacen de estas cosas. Yo también me he cansado. . .

SEÑOR.—¿Te cansaste ya si tan sólo has trabajado en esta casa un par de días?

SEÑORITA.—Vete, papá, vete. Muéstrale a Niña Rucha el arca de tu colección.

SEÑORA.(**Conmovido y jalando a Niña Rucha por la mano**)—Buenos días, hija.

Salen los dos, abrazados. Señorita se sirve más café y entra Señorita, bastante bonita ahora, completamente transformada, en tono, expresión, gestos. Se ve tranquila y positiva. Tararea una canción.

SEÑORA.—Buenos días, hijita.

SEÑORITA.—Buenos tardes, mamá.

SEÑORA.—¿Y tu papá?

SEÑORITA.—Mostrándole el arca a Niña Rucha.

SEÑORA.(**Sirviéndose café**)—¿El arca? ¿Y qué va a hacer con el arca?

SEÑORITA.(**Explicándole**)—Estuvieron los dos aquí conversando sobre salud, ahorro, mano de obra, muelas. . . (**con gestos**) y dijo la Niña Rucha que ella va a sostener la tapa del arca así. . . mientras papá mete la cabeza adentro así. . . para procurar así una muela que le sirva a Niña Rucha porque la que tiene y es la última ya esta podrida y huele mal y si la tapa se cae. . .

SEÑORA.(**Abanicándose con la mano**)—¡Y cómo huele, uf! Yo casi no aguantaba. Si no hubiera sido por lo demás que sucedió. . .

SEÑORITA.—También le aplicó la inyección.

SEÑORA.—¿Qué inyección? ¿De qué estás hablando, hijita?

SEÑORITA.—De la inyección.

SEÑORA.—¡Ay, Santo Dios! La incomunicación en esta casa. Nunca se puede dialogar a gusto porque resulta tan difícil.

SEÑORITA.—¿No te aplicó la inyección?

SEÑORA.—Ay, lo que me hizo no puedo explicarte porque tú eres niña. La Niña Rucha me. . . me. . . me puso un tapón no más. Me mantuvo taponada por cinco horas. Y como estaba oscuro, me quedé en dudas. . . inyección no fue.

GRITO DE SEÑOR.— ¡Ay, mamita! ¡Mamita!

SEÑORA.—Ahora empiezo a comprender. . .

SEÑORITA.(**Alarmada**)—Es mi papá. Está gritando.

SEÑORA.(**Con decisión, jala a Señorita por la mano**)—No hay nada que se pueda hacer, hijita. Vente, vamos a pasear a la calle, a conocer la vida, los hombres, el amor. Cuanto tiempo hemos perdido aquí adentro de esta mansión de ricos.

GRITO DE SEÑOR.— ¡Socorro, mamitaaaa!

SEÑORITA.—Es papá. . .

SEÑORA.—Déjalo a que también aprenda. La sociedad no nos va a permitir a decir nada a nadie. Si llegaran a saber, ¡imagínate qué desmoralización! ¡Pero qué gusto siento a la vez! Nuestras vidas cambian.

Señora prende la radio en tono alto y se marchan las dos a la calle. Los gritos de Señor se mezclan con la música.

Bar - interior, día

A una mesita se hallan sentados Compañero e Ignorante, tomando cerveza.

IGNORANTE.—Y así fue como le di a ese señor su merecida lección. A ver, ¿qué te parece? ¿Estoy cierto o errado?

COMPAÑERO.(**Rascándose la cabeza**)—Hombre. . . Y después que te serviste del viejo ese, con la cabeza metida adentro del arca ¿qué pasó?

IGNORANTE.—Me marché. Ya estaba dada la lección, ya no tenía nada más que hacer en aquella casa.

COMPAÑERO.—Y todo porque el patrón te había llamado ignorante.

IGNORANTE.—¿Y es poco, ser llamado “ignorante”? Ya te dije: soy un ser humano, una persona, quiero respeto por mi personalidad. . .

COMPAÑERO.—Tú, ¿qué? Personali. . .

IGNORANTE.—Personality, I have personality, no me entiendes, carajo.

COMPAÑERO.—Hermanito, es que la conciencia política es lo que importa. Y eso no la tienes. Si por lo menos tu venganza fuera con conciencia política. . .

IGNORANTE.—Siempre estás con esta vaina de conciencia. No nos entendemos.

COMPAÑERO.—Mira, te explico. Oye, compañero, pon atención. El señor ha sido tu patrón, ¿verdad?

IGNORANTE.—Y yo el empleado.

COMPAÑERO.—El, el de la plata.

IGNORANTE.—Yo, el desplata’o.

COMPAÑERO.—El te ha soltado la plata por tu trabajo.

IGNORANTE.—Y yo le he dado mi trabajo por su plata, ya está dicho. Y con la plata yo como, yo visto, yo vivo.

COMPAÑERO.—¿Y qué tipo de trabajo le diste?

IGNORANTE.—Le cociné la comida.

COMPAÑERO.—Supongamos que no le hayas cocinado bien.

IGNORANTE.—¿Cómo que no? Yo soy cocinero de categoría.

COMPAÑERO.—Ahí está el error. Piensas que lo sabes todo en tu profesión y por eso has creado un orgullo tonto. Por no haber cocinado bien, el patrón te habrá dicho que debías aprender más un poquito del oficio, que todavía ignorabas alguna parte, que eras ignorante en la parte que ignoras no más. Lo que es muy natural. Ignorante se dice a quien ignora. ¿Qué mal hay en eso? Es un orgullo tonto hacer lo que hiciste y es además una venganza, pero nunca prueba de conciencia política. A eso quiero llegar.

IGNORANTE.(**Piensa y piensa, luego**)—¿Tú sabes cocinar?

COMPAÑERO.—No.

IGNORANTE.—O sea, que si tú no sabes cocinar yo puedo llamarte “ignorante”.

COMPAÑERO.—Hum, hum. . . Tanto como llamarme Ignorante, no. Calificarme de ignorante, sí.

IGNORANTE.—O sea, que tú eres un ignorante calificado, pero no dicho.

COMPAÑERO.(**Encrespándose**)—Compañero, no embromes. Si no quieres aprender, no hagas perderme el tiempo.

IGNORANTE.—Oye, consciente político. Tú estás queriendo convencerme de que el patroncito aquél es buenito, es caritativo con los pobres, es ahorrativo porque tiene un arca llena de muelas, no hace mal a nadie, es un ángel y que mi pelea con él ha sido por causa de la mala calidad de mi cocina. ¿Con quién estás, oye, conmigo o con él?

COMPAÑERO.—Con él, porque eso del arca de muelas es una gran mentira tuya. Además de ignorante, mentiroso.

IGNORANTE.(**Tomándolo por el cuello**)—Mentiroso es la puta madre. . .

MESERA.(**Entrando**)—Eh, eh. . . pero nuevamente, caballeros, Uds. no aprenden que en mi salón no quiero jaleos, ignorantes! Vamos, paguen la cuenta ¡y lárguense!

Ignorante y Compañero se calman y se miran entre ellos.

COMPAÑERO.—Mira quien habla. A mí llamarme “ignorante”, ¡ah, no!

MESERA.(A **Compañero**)—¿Y por qué no? Estoy en mi propiedad y si Ud. no sabe cómo portarse es porque es un ignorante y tengo derecho a echarlo pa’fuera.

IGNORANTE.—Dele, Señora, ¡eso, Señora! ¡Tiene razón Ud., Señora! ¡Echelo!

MESERA.(A **Ignorante, en tono de complicidad**)—No le parece a Ud., Señor, que si estoy en mi casa— ¡esta es mi casa!—y llega un cliente que no ha aprendido a ser cliente. . .

COMPAÑERO.(**Interrumpiendo**)— ¡Un momento! ¡Un momento!

IGNORANTE.—Es Ud. la patroncita, Señora, Ud. manda, Ud. tiene derecho.

MESERA.(A **Ignorante**)—Yo puse mucha plata en este negocio. . .

IGNORANTE.—Mucho capital, se dice.

MESERA.—Mucho capital. . .

IGNORANTE.—Capitalista.

MESERA.—Capitalista y viene este señor a destruirme el capital. . .

IGNORANTE.—Llame a la policía, Señora.

COMPAÑERO.(**Perdiendo la paciencia**)— ¡Basta!

IGNORANTE.(A **la Mesera**)—Además de ignorante, él es un mentiroso, Señora.

COMPAÑERO.— ¡Yo nunca he mentido!

IGNORANTE.(A la Mesera)—Dijo que este salón es una decadencia.

COMPAÑERO.—¿Yoooo?

IGNORANTE.—Me acuerdo: Fe-no-me-nal, ifenomenal! Decadencia fenomenal, así dijo. (A la Mesera): Y eso es una mentira, ¿verdad, Señora?

Señor entra cojeando, barba de tres días, saco sucio, aspecto miserable. Se sienta a una mesa, mientras Mesera lo miraba entrar, con cierto aire de sorpresa por tratarse de un cliente nuevo.

MESERA.—¿Qué le sirvo, Señor?

SEÑOR.(Voz temblante)—Una cerveza...

Ignorante también se asustó al verlo y buscaba distinguirlo mejor, desde cierta distancia, para certificarse que se trataba del expatrón.

IGNORANTE.(A media voz, codeando a Compañero)—Oye, yo lo conozco a éste. Pero está diferente. No, no puede ser. ¿iQué le habrá pasado!? No fue para tanto. ¡Es él, es él!

COMPAÑERO.—Ei, ¿quién?

IGNORANTE.—El patrón.(Llamándolo). Patrón, ipatroncito!

Señor se tuerce en la silla, adolorido. Y lo reconoce.

SEÑOR.(Levantándose)—Juan, ¡pero Juancito! (Y lo abraza, sin que Ignorante le retribuya la efusión, poniéndose en su psicología de sirviente). Abrázame, Juan, ¿qué te pasa? Hombre, te andaba buscando por todas partes. Como me dijiste que solías venir por esos bares, estuve haciendo un recorrido para encontrarte.

IGNORANTE.(Asombrado)—¿A mí?

SEÑOR.—Claro, a ti, hombre. Qué suerte, ¡al fin!

IGNORANTE.—¿Y por qué? ¿Se puede saber?

SEÑOR.—Para que me cocines, hijo. Imagínate que cuando saliste pasó por allá una cocinera, que se empleó con nosotros. . . Una tal de Niña Rucha.

IGNORANTE.—¿Niña qué?

SEÑOR.—Rucha, Niña Ruchita. Bueno, como te cuento, se empleó con nosotros. . .

IGNORANTE.—¿Cocinaba bien?

SEÑOR.—Igualito a tu comida, Juan. Pero resulta que. . . que. . .

IGNORANTE.—Que ¿qué?

SEÑOR.—Bueno, no importa. Resulta que yo quiero que tú regreses. Regresarás, hijo, ¿verdad?

IGNORANTE.—¿Pero Ud. no me llamaba Ignorante? "Ignorante", "Ignorante" me decía.

SEÑOR.—Ah, Juan, olvídате. No más.

IGNORANTE.—¿No más? ¿Lo jura, patrón?

SEÑOR.(**Persignándose**)—Se lo juro, ¡jurado!

IGNORANTE.(**Alzando el patrón por el sobaco**)—Vamos, patroncito, a su casa. Vamos al trabajo que ya se nos hace tarde.

SEÑOR.—Me harás aquella sopita, ¿verdad?

IGNORANTE.—¿La de los frijoles?

SEÑOR.—La de las habitas tiernas.

IGNORANTE.—Y otras más, cuantas quiera Ud.

SEÑOR.—Tú eres un cocinero admirable.

IGNORANTE.—Cocino hasta las diez maravillas.

SEÑOR.—Cocinas hasta las diez maravillas.

IGNORANTE.(A la salida, jalando al Señor maltrecho, se da vuelta para despedirse de Compañero y Mesera)—Lección y no venganza. Bien les dije: no hay que confundir las dos cosas. De las lecciones siempre sacamos provecho. Buenas noches, amigos.

Mesera y Compañero ponen cara de idiotas. Salen Ignorante y Señor.